

vino estaba en Ginebra en una apurada situación que sólo su indomable firmeza y su voluntad férrea le permitían afrontar. Gobernaba dictatorialmente en Ginebra la Roma protestante, por medio de aquel famoso Consistorio; Inquisición en miniatura, y su conducta originaba cada día nuevas rebeldías, que veíase precisado a reprimir duramente.

Ponerse frente a aquel hombre cuyo espíritu era un pedernal, era ir hacia un abismo peligroso. Pero Servet, temple de luchador, alma de héroe, buscando un adversario digno de él, fijóse en Calvino, al que escribió más de treinta cartas con el bosquejo de su libro, ofreciéndose en temerario alarde a ir a Ginebra a discutir con él. «*Que no haga tal cosa—escribía en 1546 Calvino—, porque, como venga, por poco poder que tenga yo para ello no le dejaré salir vivo de aquí.*» Pero Servet estaba fascinado por aquella nueva lucha. Y la vida sirvió cumplidamente sus deseos. El acero de su alma, alma de metal, chocó contra el pedernal de la voluntad de Calvino, y del encuentro brotó una chispa que encendió la llama que abrasaría a Servet.

Calvino había roto relaciones con Servet, a causa del panteísmo místico del español. Mas al recibir su obra, impresa clandestinamente en Viena, y que aún no había circulado, el ginebrino, valiéndose de un lyonés refugiado en Ginebra, denunció la obra al padre Mateo Ory y al cardenal de Tournon, enviándole el índice y cuatro páginas del libro. Detenido Servet y como el registro practicado en su casa fuese infructuoso, Calvino envió el resto del ejemplar y las cartas que le había dirigido el español, con lo cual se le encarceló.

Pero Servet tenía buenos amigos y se fugó, y en vista de que se le condenaba a muerte y husmeando la hoguera, se marchó a la Alta Saboya, al convento de Bellevide. Pero en sus andanzas tuvo la infortunada idea de ir a Ginebra. Y hallándose allí en domingo, día en que era obligatorio ir al sermón, Servet, hijo de una raza de aventureros, tuvo el impulso incontenible de ir de incógnito a la iglesia donde predicaba su enemigo. Situación dramática y novelesca, que recuerda aquella en que el viejo Leonardo de Vinci dirigía su mirada azul desde las filas anónimas de los fieles oyentes, sobre aquel gran y ardiente impetuoso dominico que fué Savonarola. Pero un adicto de Calvino le reconoció y Servet fué encarcelado *para que no infectase más el mundo con sus heréticas blasfemias*.

Dos meses y medio duró el proceso, durante el cual Servet halló la simpatía del partido de oposición. Pero el astuto e inteligente Calvino, impuso una vez más su dictadura espiritual y Servet vióse solo y aislado en su adversidad. No se amilanó y de su cautiverio extrajo nuevos bríos.

Su torneo teológico con Calvino fué admirable. Polemista audaz, no solo refutó el español las acusaciones de su adversario y asentó firmemente sus propias doctrinas, sino que de acusado pasó a acusador. Calvino había hallado un adversario más fuerte y valeroso que él y que amenazaba su poderío espiritual. Y

al intentar Calvino pisar ideológicamente la cola a Servet sólo logró recibir un fuerte mordisco en sus dogmas teológicos.

Pero los imponderables de la política eclesiástica entraron en juego, y Servet fué condenado al castigo por las iglesias suizas y de los cantones comburgueses de Ginebra. Por fin, Calvino consiguió la sentencia de muerte, teniendo el rasgo cruel de ir a visitarle en la madrugada de la ejecución para gozarse de la derrota del español. El pedernal abatió al acero. Servet, triunfador moral del torneo, se rompía como un cristal contra la roca de la voluntad de su enemigo.

La hoguera, de leña empapada en las estrellas del rocío, que prolongaron dos horas el suplicio, ardió en la puerta de Ginebra, en la meseta de Champel. Servet, firme hasta la muerte, no consintió en retractarse. Coronado de azufrados pámpanos, el español aún rogó a Dios por el perdón de sus verdugos. Y entre las llamas su voz quebrada gritó varias veces: «*Señor Jesús, hijo de Dios eterno, ten piedad de mi alma.*» F. Buisson recuerda a este respecto que para salvarse de la hoguera le hubiese bastado allanarse a decir: «*Hijo eterno de Dios.*»

Pero la llama que consumió su cuerpo e inmortalizó su espíritu, quemaba también los últimos baluartes de Calvino, que desde aquel tiempo embocó las horas de su decadencia.

Así murió, «luchando como había vivido», aquel heroico humanista y admirable luchador. Las llamas que lo envolvieron en las horas de su muerte, fueron cálido trasunto de aquella genial llamarada demoníaca, de aquella antorcha de inquietudes que llevó siempre, roja y reluciente, en su alma.

Teológicamente, Servet se situó equidistante del catolicismo y del protestantismo. Sus doctrinas no representan sólo un avance de las de Giordano, Bruno y Spinoza, sino que son la prolongación de la línea mística iniciada en Plotino. A mi juicio, el postulado de Servet estableciendo un místico panteísmo, un Dios infinito en oposición al mundo cambiante y finito, significa la incorporación al Cristianismo que él soñaba, de las viejas doctrinas orientales, sobre todo de la Filosofía Vedanta.

Desde la turbulencia de su época, encrucijada de ciencias y Religiones, Miguel Servet se nos muestra bronco y firme sobre el oleaje pasional, pirata de dogmatismos, enfilando la proa de su vida hacia la ruta de la liberación.

F. M. I.

ACCIÓ CULTURAL D'HIGIA

Per causes alienes a la nostra voluntat, degudes especialment a l'epidèmia de grip regnant, no ha estat possible de celebrar les conferències que anunciàvem en el nostre número anterior. Tindran lloc en el mes de març en els locals i hores que s'anunciaran oportunament en la premsa.